

LOS DEMASIADOS LIBROS

GERMÁN DEHESA

Editorial Océano acaba de publicar una edición revisada y puesta al día de *Los demasiados libros* de Gabriel Zaid. Don Gabriel, con su lucidez plena y con su agradecible ironía, nos advierte del muy cercano riesgo que corremos los ateridos habitantes de este final de milenio de perecer ahogados en papel. El propio Zaid reconoce, no sin cierta melancolía, la contradicción implícita en el hecho de que para denunciar el exceso de libros, él tenga que publicar un libro más. A mi juicio, tal contradicción queda resuelta y absuelta con el mero hecho de leerlo; son tan pertinentes sus observaciones, tan nutritivas y deleitosas sus reflexiones, que al lector sólo le queda reconocer que el libro de Zaid no puede formar parte de la turbamulta de los demasiados libros, sino que pertenece al selecto grupo de los libros necesarios. Hay en este libro un capítulo que me fascina particularmente; se titula "La conversión y los libros" que es, a mi juicio, un ensayo perfecto. Comienza con una sutil reflexión sobre Sócrates y la absoluta falta de aprecio que el pensador ateniense tenía por los libros (en la inteligencia de que, en tiempos de Sócrates, un libro era un objeto infinitamente más raro y precioso que nuestros libros actuales). Lo que a Sócrates le gustaba era la conversación; es decir, reunirse con tal o cual amigo y realizar un amable ejercicio que no requiere más que de la palabra para conseguir que los pensamientos confluyan, se opongan, se reúnan y se enriquezcan. Esta es (o debería ser) la conversación que es quizá uno de los más altos placeres que se le brindan al ser humano. Sin embargo, conversar —advierte Zaid— requiere tiempo. Sócrates y sus cuates podían tranquilamente echarse a caminar y consumir en la plática una tarde entera; privilegio tristemente imposible para el hombre moderno cuyo deshumanizado tiempo le suele negar el sosiego interior y la disponibilidad necesaria para una conversación digna de tal nombre. Volvamos a Sócrates: él descreía de los libros (pensamiento muerto) y creía en el diálogo (el vivaz fluir y confluir de los espíritus). Zaid y yo estamos, en principio, de acuerdo con Sócrates; pero en este punto se hace inevitable un cuestionamiento, si Platón, discípulo de Sócrates, no hubiese rescatado en un libro las enseñanzas de su maestro, ¿cómo podríamos los conversadores de hoy conocer sus opiniones? De nuevo una contradicción que Zaid resuelve con serena elegancia; todo libro necesario (y éstos son bastante más escasos que los innecesarios) no es más que la continuación por otros medios de una conversación. A poco que lo pensemos, esta afirmación vendría a ser una civilizada variante del violento aserto de Von Clausewitz (la guerra es la continuación de la política por otros medios). Como yo lo que creo es que la guerra es una pura imbecilidad, prefiero adherirme a las buenas maneras de Zaid y aceptar que, en efecto, leer un buen libro es incorporarme a esa conversación universal que, salvando tiempos y distancias, permite la confluencia de los variados pensamientos de la humanidad. Convendrás conmigo, lector querido, en que no es poca cosa incorporarse, gracias a Platón, a la animada e inteligente charla del cártel de Atenas (Sócrates y sus cuates) y beneficiarse —por vía del acuerdo o del desacuerdo— de todo lo que ahí se dice; entrar a la apartada torre donde Montaigne está pensando y ensayando y como si fuéramos modernos sustitutos de Boecio (su llorado amigo del alma) asomarnos por encima de su hombro y asistir a la plasmación gráfica de uno de los pensamientos más agudos y corteses de occidente; subir a la otra torre, llamada de Juan Abad, y topar con el afligido Quevedo de la última época que ahí se ha refugiado para

olvidar agravios, lances, duelos, amoríos, enemistades y cárceles y dedicar sus últimos años a escribir su poesía más exquisita (habla en silencio Quevedo: "Retirado en la paz de estos desiertos,/ con pocos, pero doctos, libros juntos,/ vivo en conversación con los difuntos/ y escucho con mis ojos a los muertos./ Si no siempre entendidos, siempre abiertos,/ o enmiendan o fecundan mis asuntos;/ y en músicos callados contrapuntos/ al sueño de la vida hablan despiertos..."). Miren por dónde viene a resultar que ya Quevedo había, con poesía insuperable, enunciado la tesis de Zaid que es también la mía: si el libro es docto, nos incorpora a una conversación

con los difuntos (o los distantes, o los desconocidos, o los ausentes) y nos permite escuchar con los ojos y componer con el autor "músicos callados contrapuntos". Esto es leer y, aunque es incontrovertiblemente cierto que se publican demasiados libros (a pesar de las apocalípticas profecías de McLuhan y cibernautas que lo acompañan) también es cierto que el libro (por lo menos, ciertos libros) constituye uno de los instrumentos más poderosos, más gratos y más benéficos que la humanidad ha creado. Digo estas cosas en México, donde —según me avisan las estadísticas— sus habitantes leen un promedio de medio libro al

año. Tristísima e ilustrativa noticia. Para nosotros (para nuestro apetito intelectual) no hay demasiados libros y esto nos segrega de la conversación humana y nos confina a nuestro actual y angustioso estado. Todos tenemos que hacer algo para que este país sea interlocutor del mundo y su diversidad, su belleza, sus vertiginosas y provisionales verdades. Lo que hasta aquí has leído es el resultado de mi callada conversación con Gabriel Zaid. Desearía, lector querido, que la silenciosa lectura de estos renglones te haya permitido conversar conmigo. Ésa y no otra era la intención de estas palabras. Leamos; conversemos.